

## Exposición de apertura SEPAVIAM 2004.-

Por **el Ing. Eduardo R. Hernández**, presidente del AIE - Agrupamiento de Ingenieros Ecologistas, y del Comité Permanente de Impacto Vial Ambiental del Centro Argentino de Transferencia de Tecnología Vial (CENATTEV)

Quiero comenzar haciendo una serie de consideraciones de carácter general. La experiencia me ha convencido de que en todo debate o intercambio de ideas, para que no se convierta en una suerte de diálogo de sordos, se debe definir a priori el contenido de los conceptos más importantes que se usarán en los mismos.

Y esto es particularmente importante en lo referente a la cuestión ambiental. Por ejemplo, si partimos de la premisa básica de la **Ecología** como **la ciencia que se ocupa de la relación entre los seres vivos y el medio en que habitan**, tenemos ya una primera alternativa, que señala dos caminos conceptuales que se bifurcan:

**¿la humanidad forma parte de la naturaleza, o es un elemento externo a ella, en lucha constante para dominarla?**

Nosotros estamos convencidos que somos parte, como cualquier ser vivo.

Pero por el otro lado posee todavía mucha fuerza **la concepción antropocéntrica**, el hombre centro y amo del universo, creador de dioses a su imagen y semejanza, ciego portador de la concepción positivista del progreso infinito e ilimitado.

Esta pretensión llevó a un filósofo del siglo XIX a reflexionar que *...por cada "victoria" sobre la naturaleza, esta se venga de nosotros...*, citando como ejemplo a los antiguos pueblos de Grecia, la Mesopotamia y el Asia Menor, que por destruir los bosques para transformarlos en tierras de cultivo, crearon las condiciones para transformarlas en tierras áridas. Como por lo visto nada aprendemos, treinta siglos después seguimos haciendo lo mismo y con las mismas consecuencias...

Como consecuencia de las dos definiciones anteriores, nuestra concepción de la ecología es integral. La ecología no puede ser limitada a los márgenes estrechos de la tan remanida "mejora de la calidad de vida" o la "protección de las especies". Abarca todos los aspectos de la sociedad humana en relación con su medio y por supuesto y en especial su organización económico social, clave de la profunda crisis ambiental que estamos experimentando de manera creciente y cada vez más acelerada.

Esta concepción integral se contrapone al enfoque hasta ahora dominante de la ecología, **en forma fragmentaria, por "temas"**. No es con el intento de resolución aislada, por temas desvinculados, como puede elaborarse una política de superación de la crisis ambiental. Porque cada especificidad forma parte de un todo con causas generales que aparecen en cada una de ellas.

Es entonces a la Política, en sus distintas definiciones conceptuales, ya sea como "arte de gobernar el Estado (o la sociedad humana)", o "agrupamiento de personas con el fin de alcanzar ese gobierno con objetivos determinados", a la que le correspondería resolver y superar la crisis.

La racionalidad lógica indica que si el objetivo primario de una especie consciente como lo es la humana debe ser la preservación de su hábitat, la Política no debería entrar en contradicción con las premisas básicas de la ciencia ecológica.

Pero sí lo hace, dominada por la concepción economicista de nuestra actual sociedad global a la que yo denomino **mercantil industrial consumista**, y el cúmulo de intereses que la gobiernan.

Y que posee su lógica conceptual, que la encamina ciegamente a la autodestrucción. Para describirla, nada mejor que la exquisita prosa del escritor español Miguel Delibes (aquel de *Los Santos Inocentes*):

*“...el verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre, ni en destruir la Naturaleza, ni en sostener a un tercio de la humanidad en el delirio del despilfarro mientras los otros dos tercios se mueren de hambre (Esto último, agregó yo, no sólo porque es injusto, sino porque es socialmente insostenible).*

*“...el ‘progreso’ económico (de este modo de producción), el desarrollo derivado de esta concepción exige que la vida de las cosas que se producen sea efímera, o sea que se fabriquen mal deliberadamente para requerir una constante renovación y que el mecanismo no se detenga. ¿Qué sucedería el día que todos estuviéramos servidos de objetos perdurables? La gran crisis, primero, y después el caos. Apremiados por esta exigencia, fabricamos intencionadamente telas para que se ajen, automóviles para que se estropeen, cuchillos para que se mellen, bombillas (eléctricas) para que se fundan. Es la civilización del consumo en estado puro, de la incesante renovación de los objetos —en buena parte innecesarios— y en consecuencia, del desperdicio”.*

Y un poco más adelante, señalando el papel del dinero, la mercancía por excelencia: *“Con dinero se montan grandes factorías que producen cosas y con dinero se adquieren las cosas que producen esas grandes factorías. El hecho de que esas cosas sean necesarias o superfluas es accesorio. El juego consiste en producir y consumir, de modo tal que en la moderna civilización, no sólo se considera honesto sino inteligente, gastar uno en producir objetos superfluos y emplear noventa y nueve en persuadirnos de que son necesarios”.* Esto en su hermoso libro *Un Mundo que Agoniza*, publicado en 1979. Qué premonitorio título.

Esta gigantesca maquinaria que conduce a nuestra sociedad globalizada, sin control y sin freno, tengamos en cuenta que ya pasaron tres décadas desde aquel *Manifiesto para la supervivencia* de 1972, y del Club de Roma, y poco y nada se ha hecho para detenerla, nos llevará, si nada hacemos a la crisis final de nuestra civilización. Y si mis palabras suenan apocalípticas, que no se tomen así, las diferentes sociedades humanas nacen, crecen, llegan a su climax, decaen, **y mueren**. A este respecto me remito y recomiendo la enorme obra *El estudio de la Historia* del historiador inglés Arnold Toynbee, y el desarrollo de las 21 sociedades humanas de la antigüedad hasta nuestros días. Y a la caída de la civilización grecorromana y los casi diez siglos subsiguientes de lo que nosotros llamamos púdicamente Edad Media, y los sajones Edad Oscura.

¿Por qué se han perdido tres décadas, llegando al grado avanzado de deterioro en que estamos? Quizá por su gradualidad, por el “efecto rana” que citaba Al Gore, la víctima demócrata del fraude de Bush, respecto de la cuestión ecológica. Un viejo y cruel experimento de la biología muestra que si tiramos una rana dentro de una olla llena de agua hirviente, instantáneamente salta y se escapa, salvando su vida. Pero si a esa misma rana la ponemos dentro de la misma olla con agua fría y la calentamos lentamente, muere cocinada sin atinar a hacer nada. Así puede morir nuestra civilización. Con la diferencia que no somos un único ser vivo como la rana, sino ya más de seis mil millones, agregándose unos cien más cada año, y el desenlace de la crisis se puede presumir cruel y catastrófico.

Y este es el gran tema que no podemos soslayar a la manera del avestruz, metiendo la cabeza bajo la tierra. Esta que se da en llamar “sociedad de dos velocidades”, que traducido significa los que pueden consumir y los excluidos, tiene su lógica ley de población que hace que los excluidos aumenten en progresión casi geométrica.

Más humanos es consumo creciente: de agua potable, de agua para la agricultura que se lleva las tres cuartas partes del consumo del agua potable mundial (que es sólo el 3 o 4% del agua mundial), es mayor consumo de energía. Es aumento constante de la deforestación para incorporar áreas para la producción de alimentos. Es aumento constante de la población urbana, de las megaciudades que ocupan áreas otrora

cultivables, que reducen el terreno absorbente ahora cubierto de ladrillos y cemento, que incrementan la contaminación localizada de las napas y los cursos de agua. Es asentamientos de población en zonas inundables. Es desertificación de tierras cultivables por sobreexplotación.

Esto nos conduce a la última gran definición conceptual que divide aguas. **¿Qué es el desarrollo sostenible?** En lo de sostenible no tenemos dudas, significa perdurable en el tiempo. **¿Pero qué entendemos por desarrollo?** Porque muchos de los que lo plantean, dominados por el enfoque economicista, imaginan sin duda que significa que esos dos tercios del total de humanos excluidos del consumo se conviertan en consumidores, vía incremento de la producción y consiguiente del producto bruto, que pareciera ser el objetivo de nuestra civilización. **Para nosotros significa cambiar la sociedad en todos sus aspectos: económico, sociocultural y político.** Lo que nos ha convertido en la especie dominante es el desarrollo del cerebro. Como contrapartida avanzamos consumiendo y destruyendo los llamados “recursos naturales”, en una ciega carrera hacia un futuro ya próximo de oscuros pronósticos. El desafío es **si podremos abandonar ordenada y racionalmente la sociedad de consumo, dado el extremo al que hemos llegado.**

Después de haber expuesto a grandes rasgos nuestra concepción del problema ambiental, quiero entrar en lo específico de nuestra temática. Pero quise generalizar para que tomemos conciencia de que si no queremos que algunas civilizaciones futuras (humana o no) se maravillen del “progreso” de la nuestra en la contemplación de los restos de nuestras vías de comunicación, así como nosotros nos admiramos de las de la Roma Antigua, debemos necesariamente actuar ya.

Como tema dominante en el aspecto vial, **la parte de la crisis ambiental que nos toca directamente es el fin casi inminente de la fuente de energía barata, fraccionable en pequeñas unidades y portátil. Es el ocaso de la era del automóvil particular –que podría llamarse el comienzo del fin de la era Ford.**

Las predicciones de los trabajos científicos serios respecto de la entrada en la fase declinante de la producción del recurso no renovable petróleo se están cumpliendo inexorablemente. No me voy a extender, me remito al excelente trabajo de Colin Campbell y Jean Laherrère que puede encontrarse en la edición española de *Scientific American* N° 260 de Mayo de 1998. Es así que vemos a los países llamados “industrialmente desarrollados” asentándose por la fuerza sobre lo que queda del petróleo, con argumentos infantiles para disfrazar su intencionalidad.

Pocos años más o menos, esto significa sólo la prolongación de una agonía. Las leyes ciegas del modo de producción parecen impedir otro camino. Cuando en el año 2001 el presidente Bush se niega a implementar el Protocolo de Kyoto de reducción de emisión de gases de efecto invernadero responsables del cambio climático que ya nadie se atreve a negar, argumentó que **“no aceptaré un plan que dañe nuestra economía o afecte a los trabajadores estadounidenses. Nuestra economía se ha desacelerado. También tenemos una crisis de energía y poner límites al dióxido de carbono no tiene sentido para nuestro país”**. Estas palabras me eximen de todo comentario.

El futuro de las vías de comunicación no está en las soluciones forzadas para conservar el automóvil individual como elemento dominante, sino en el desarrollo e incremento de los medios de transporte público sobre la base del empleo de fuentes de energía alternativas, y este es uno de los grandes temas que debieran ocuparnos en este Seminario y en adelante, vinculado directamente en todos sus aspectos al impacto ambiental.

El otro gran tema a tratar en los paneles de mañana es el de la Educación Ambiental. Para cuyo tratamiento propongo que no se soslaye el papel que como formadores de conciencia debieran jugar los medios de difusión masiva, cada vez más concentrados y

transformados en multimedios. Y digo debieran, porque es común que no ocurra, por privilegiar intereses económicos y comerciales. Para ejemplificar esto, y para terminar, me remito a una experiencia personal reciente, vinculada a los accidentes de tránsito, que en número aproximado de 70.000 anuales se producen en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires ha dispuesto la obligatoriedad del uso del cinturón de seguridad bajo pena de multa, lo cual fue inmediatamente difundido y apoyado por los diarios de más tirada, incluso en editoriales. Invocando mi carácter de Presidente del Comité Permanente de Impacto Ambiental del CENATTEV, me dirigí vía mail a los correos de lectores de los dos más importantes, haciendo notar que por supuesto acordamos en la necesidad del uso del cinturón de seguridad, **pero que éste sólo actúa sobre los efectos de los accidentes y no sobre sus causas.** Y que el Gobierno de la Ciudad es ineficaz en cuanto a evitar que los accidentes se produzcan. Uno de los cuales es la absoluta falta de respeto a los semáforos, lo que es dable ver no en las calles apartadas de la urbe, sino en pleno casco céntrico, hasta frente al edificio donde funcionan los Tribunales de Faltas de la Ciudad, en plena Avenida 9 de Julio, donde a cada corte de semáforo continúan pasando con luz roja varios vehículos de todo tipo: automóviles particulares, taxis, camionetas y ómnibus, vehículos oficiales y hasta los camiones de las concesionarias del servicio de recolección de residuos, sin que nada ni nadie controle ni tome nota ni haga nada por impedirlo. Igual que la campaña reciente para la obligatoriedad del uso del casco por los motociclistas. Ahora ellos continúan serpenteando a gran velocidad entre la corriente de tránsito, cruzando los semáforos en amarillo en una especie de ruleta rusa. Y los accidentes en que están involucrados los motociclistas continúan produciéndose igual y con la misma gravedad que antes. Pero eso sí, con casco.

Por supuesto, como me lo imaginaba, ambos medios ignoraron lo que expresamos.

Este ensayo me lleva a seguir sosteniendo que, sin descartar para nada la educación ambiental por la vía de los Sistemas Educativos, el objetivo central es lograr que los gobiernos y los multimedios acompañen necesariamente y de manera activa las campañas que se programen e implementen.

Les agradezco la atención que me han dispensado.

Buenos Aires, 21 de Septiembre de 2004.